

EL DEFENSOR DEL OBRERO

La Acción

Católico-social

I

La indiferencia religiosa que hoy lamentamos en las naciones cristianas, no indica, a nuestro modo de ver, el olvido total de la Religión. — Considerando atentamente las cosas, descúbrase que tal indiferencia lejos de ser el término a que ha llegado el espíritu, es por el contrario el principio donde las conciencias están como meditando los nuevos derroteros que han de seguir. — Las propagandas anticristianas han llegado desgraciadamente a tublar en nuestros pueblos el espíritu de fe, inocular en sus inteligencias el germen de la duda, y el pueblo sencillo que no puede sondear todo el alcance de los argumentos negativos, siéntase por un momento en medio del camino esperando a que una inteligencia superior, un hombre de acción, le diga como al impedido de los Hechos de los Apóstoles: «levántate y anda».

— La indiferencia no puede ser nunca el estado natural del espíritu, ni éste puede permanecer mucho tiempo en la pasividad indiferente.

La historia del mundo nos enseña que todas las épocas de decadencia se han distinguido por una indiferencia general, principalmente en las cuestiones religiosas; pero pronto el espíritu ha despertado, y entonces han venido las grandes luchas precursoras de las grandes reacciones para elevarse a las alturas de la fe o de las grandes decadencias para hundirse en los abismos de la anarquía.

Diríamos que es la indiferencia aquel momento supremo en que la naturaleza queda sumida en profundo estupor, mientras arriba, en la atmósfera, luchan las fuerzas de los elementos, para fecundizar la tierra con serenas lluvias o para destruir las cosechas con terribles tempestades.

Y es que el corazón humano se ocupa de todo, se divierte en todo para escapar al examen de estos dos grandes puntos: ¿de dónde venimos y a dónde vamos?; problemas que le persi-

guen con su misma realidad; pero llega muy pronto un día en que esas preguntas se imponen, la humanidad entonces o puede permanecer indiferente y siente la ineludible necesidad de estudiarlas y de contestarlas.

— El hombre se siente impedido hacia Dios por una fuerza íntima, irresistible de su misma naturaleza. La indiferencia religiosa como estado del espíritu es inconcebible por que es imposible que el hombre que piensa y raciocina deje de sentir los impulsos de su propia naturaleza, los destellos de su inteligencia que busca la verdad, los ímpetus de su libertad individual para obrar conforme a su propia dignidad y decoro.

— La indiferencia de la época presente va pasando; los espíritus están agitados, inquietos; desean conocer por sí mismo toda la Verdad; ha comenzado la lucha de los elementos en las altas regiones de las ideas metafísicas y de los principios religiosos; no caben ilusiones, estamos en plena lucha y en pleno apostolado.

II

Las grandes luchas que ha librado la humanidad en el campo de las ideas se han distinguido entre sí por el carácter específico e histórico que les ha dado el desenvolvimiento de un primer principio y las circunstancias mismas de la época en que se realizaron.

Desde el dogma hasta la tradición humana y desde el principio filosófico hasta el concepto de política, el error ha venido transformándose sucesivamente y ensajando, por decirlo así en los moldes que le han fabricado los hombres y los tiempos.

Hoy la lucha, ha tomado un carácter eminentemente social y colectivo; es el Socialismo la nueva forma del error que se levanta en medio de las sociedades para reasumir las antiguas negaciones de las pasadas herejías y sacar, por vía de lógica, aquellas consecuencias que de traducirse en hechos, y eso intenta, nos llevarían directamente a la anarquía más absoluta. —

Ha pisado el tiempo de aquellas pretensiones racionalistas que trataban de encumbrar al hombre individual hasta hacerse otro Dios; ha pasado el tiempo en que unos pocos engañaban miserablemente a los sencillos y éstos quedaban seducidos por aparentes promesas que no se han cumplido; ha pisado el tiempo de las utopías, de los engaños, de las vanas promesas humanas y de las falibles esperanzas terrestres, y el hombre busca a otro hombre, igualmente engañado, para hacerle esta sencilla reflexión: «nos han engañado, luego o existe un Dios infinitamente justo o esta sociedad es una mentira». — La libertad, impugnada por el desengaño práctico, le pone en este dilema: o libertad individual sin ley para ir hasta la anarquía o sumisión completa a la voluntad de Dios para salvar la sociedad.

Este es el problema, esta la lucha y este el campo donde la justicia y la caridad nos mandan obrar en bien del pueblo.

San Pablo exclamó un día a presencia del pueblo judío rebelde al Evangelio; *convertimur ad gentes*; y las gentes del paganismo, los hijos de la esclavitud y del trabajo admitieron el Evangelio y formaron la gran sociedad cristiana y las prósperas naciones de Europa, mientras la anarquía de la que aún no se han repuesto, se desencadenó sobre la nación judía. — Dios es poderoso para hacer de las piedras hijos de Abraham; Dios que se encarnó, que vivió pobre, sometido al trabajo y a las necesidades materiales de la vida. Dios pobre y humilde no permitirá la perdición de los pobres, de los trabajadores, de los hijos del pueblo. — Por eso se impone el apostolado social.

III

El carácter que debe tener la acción salvadora, está indicado en el mismo que lleva consigo la propaganda impía. — Es guerra a la Religión y a la sociedad. — Y en todas partes, universal, por todos los medios posibles. — Luego nuestro apostolado debe ser católico-social, sirviéndonos de todos aquellos medios que proporcionalen la justicia y la caridad

para que prevalezcan el bien sobre el mal y la verdad sobre el error. — Debe ser católico; porque la Religión es la primera necesidad de toda sociedad, porque en la Religión están todas las soluciones de los problemas que agitan al mundo, porque en la Iglesia católica está únicamente el tesoro de la verdad y porque es la primera perseguida en estos tiempos de encarnizada lucha a todo lo que pertenezca al orden sobrenatural. — Y después debe ser social; es decir, adaptado a las circunstancias presentes, prescindiendo de vanas teorías para mostrar la realidad en todo lo que de alguna modo se relacione con las necesidades morales y materiales de los presentes tiempos.

Un propagandista Católico Agrario

Se habla mucho de derechos; no olvidemos, sin embargo, los deberes. ¿Cuál es el código del deber? Jesucristo Nuestro Señor lo formuló breve y categóricamente: «Amarás al Señor sobre todas las cosas». Este es el grande y primer mandamiento. Y el segundo es semejante a él: «Amarás al prójimo como a tí mismo».

La cuestión social

Tema de preferencia viene siendo de muchos años a esta parte «la cuestión social». Numerosos hombres prominentes se han ocupado y vienen preocupándose de este problema trascendental para la vida y la prosperidad de los pueblos.

No menos han sido las soluciones dadas a un problema que cada día va tomando mayor magnitud desgraciadamente, por la indiferencia de los que nos gobiernan y de gran parte de los que se llaman católicos.

La iglesia, maestra incomparable de sabiduría, reina de la paz y bienhechora de la sociedad fue la primera en combatir al socialismo, reptil social diso-